

La Educación Médica en la época actual y sus tendencias.

Por el Profesor Jorge Bejarano.

Con motivo de la celebración del IV Centenario de la Universidad de San Marcos, el Profesor Jorge Bejarano fue invitado al Primer Congreso Panamericano de Educación Médica, que se reunió en Lima en el pasado mes de mayo y en el cual estuvieron representados todos los países del Continente. La Comisión Organizadora de dicho Congreso, asignó al Profesor Bejarano, la ponencia oficial sobre el tema cuyo texto publica hoy la Revista de la Facultad de Medicina, recomendando su lectura a todos a quienes interese esta importante cuestión de la educación médica en nuestros días (N. de la D.).

Hubiera resultado inexplicable que el Primer Congreso Panamericano de Educación Médica, que se verifica en Lima no incluyera en su temario, un punto de tanta trascendencia para el destino de nuestra ciencia, como el que contempla la ponencia que por señalado honor, se escogió como tema oficial y fundamental del programa, por querer de la Comisión Organizadora de esta Asamblea. Este punto se refiere a "la educación médica en la época actual y sus tendencias".

El Primer Congreso Panamericano de Educación Médica, uno de los más afortunados actos con que se festeja la fecha inmarcesible del nacimiento de una de las más antiguas e ilustres universidades del continente, va a permitirnos a todos los que, desde los cuatro puntos cardinales del hemisferio, hemos venido a traer un mensaje de adhesión y simpatía a la secular universidad, hacer un examen detenido, un análisis certero y honrado de nuestra enseñanza médica. La naturaleza de nuestros estudios, doblada de la circunstancia de que muchos

de nosotros somos profesores de las facultades de medicina que integran la mayoría de las universidades de América, da pues a este tema un relieve excepcional, a la vez que de las fórmulas que se deriven de su análisis, deben estar pendientes las nuevas generaciones que cursar ahora medicina en las universidades del continente.

A esta circunstancia viene a sumarse otra no menos importante. En la mayoría de nuestros países, las crecientes demandas anuales de cupos en las escuelas de medicina; la mayor necesidad de médicos para atender a las solicitudes de la higiene, de los hospitales, de los Seguros Sociales, de las clínicas, de la industria en general, van imponiendo la apertura de nuevas escuelas de medicina en provincias o departamentos.

Serán estas instituciones, nacidas bajo conceptos y revaluaciones de lo que deben ser los estudios médicos en la hora presente, las que en mi sentir van a derivar mayores ventajas de los puntos y derroteros que aquí adoptemos. Se comprende que será fácil dar desde su iniciación a un organismo naciente, una adecuada y moderna orientación, así como es difícil, casi imposible, imponerla en otro en que operan la rutina y la deficiencia, disfrazadas de tradición.

Tradición, hé aquí la palabra que decide entre nosotros, de la suerte de los estudios médicos. Como la medicina tiene orígenes tan remotos; como sus primeras escuelas se fundaron en épocas tan disímiles de las que vivimos hoy; como ellas tuvieron su origen bajo el imperio de escuelas filosóficas diametralmente distintas a las que contempla el mundo de nuestros días; como esas escuelas nacieron y se organizaron en un continente en el que todavía imperan las fuerzas ciegas de la tradición, apenas es natural que seamos nosotros mismos, quienes resistamos con arrolladora mayoría, a la renovación de nuestros estudios médicos. Esto al menos, es lo que podemos advertir o concluir de la historia de algunas escuelas médicas de países de América. Mejor que evolución podríamos decir que en ellas ha habido paralización. La tradición mal entendida, puede en efecto, ser también invencible obstáculo para el advenimiento de nuevos conceptos en cuestiones sanitarias como sociales. Por siglos, por ejemplo, nuestros indios del altiplano andino se han alimentado con hojas de coca o con nauseabundas bebidas derivadas del pulque o del maíz. En la mente de muchos médicos existía la noticia tradicional de que siendo alimento tan nocivas sustancias, jamás debería redimirse a esas gentes de tan perniciosos vicios. De ahí que ellos se hayan perpetuado a través de siglos, porque como es forzoso suponerlo, el criterio médico no es posible desecharlo en cuestiones atañaderas a la salud, la enfermedad

o nutrición del hombre. Pero el criterio médico que ampara el empirismo en este siglo de luz y de esperanzas; que no se basa en principios confrontados por la ciencia, es tan deleznable como la superchería. Sólo así, que en semejantes casos ha servido de obstáculo al progreso de los pueblos y al hallazgo de la salud física y mental del hombre.

El análisis del tema que aquí se trata, debería implicar necesariamente el dato histórico de la evolución de la medicina a través de los siglos. Pero estimo que ese estudio o recuento carece de utilidad en el presente caso porque la medicina conserva todavía en fuerte mayoría de países, el espíritu que la animó desde sus más remotos fundadores. impera aún en el presente siglo, con más o menos atenuantes, ese mismo espíritu que la creó: Curar las enfermedades y aliviar el dolor. Tal vez debamos buscar también en el apego a la palabra "tradición", el recelo y resistencia que encuentra en el medio médico, el rumbo que toma en la hora presente el servicio médico colectivo. Reconocemos con facilidad, y esto es ya un progreso de los pueblos que arrancó desde la desaparición del feudalismo, que la educación general es importante y esencial para el bienestar de una nación; que la democracia es un mito, a menos que la población haya adquirido un cierto nivel educacional y que para lograrlo, es menester libertar de todo gasto, siquiera la educación primaria y secundaria.

Pero la idea o principio de que la salud es igualmente esencial al bienestar de una nación; de que la salud es uno de los bienes de la vida a que el hombre tiene derecho; de que para que una sociedad funcione satisfactoriamente, como cualquier empresa, lo que requiere miembros saludables, encuentra resistencia porque nuestra formación médica no ha sido todavía inquietada por el concepto de que la medicina como la educación, va dejando de ser sólo función privada para transformarse también, en acción social que atañe al Estado, al igual de la educación. Medicina y educación deben estar sincronizadas. Con material humano inferiorizado, ni educación, ni democracia son posibles.

Actualmente el historiador no necesita encerrarse en archivos o bibliotecas, para estudiar o analizar los mecanismos de la historia. Le bastará fundar su concepto o su análisis en la filosofía que ha venido inspirando el hecho histórico analizado. Tal la razón para considerar que este simple recuento del espíritu que ha animado la investigación como el objetivo médico, hace innecesario traer a la memoria épocas y escuelas, de las cuales algunas están desaparecidas y otras siguen dominando.

El hecho escueto es que quien analice profundamente el espíritu

de la enseñanza médica actual, lo hallará impregnado del espíritu predominante: Excesivamente técnico y débilmente social. El mundo entero, confesémoslo, se encuentra hoy en un período de inquietante crisis debido justamente, a mi parecer, a que la tecnología ha excedido a la sociología. El hombre de nuestro tiempo domina desde el átomo hasta la distancia. En el campo de la nutrición, por ejemplo, dominamos la química, transformación y utilización de los alimentos hasta sus más insignificantes elementos. Tenemos los conocimientos necesarios para producir todos los alimentos que el pueblo podría consumir; pero a pesar de esta técnica que nos hace casi creadores, no es exageración afirmar que más de la mitad de la población actual padece desnutrición. Los descubrimientos bacteriológicos del siglo XIX a hoy; los progresos y descubrimientos en el campo de la química y de la biología, dan derecho a pensar que el término medio de la vida humana, pasará del límite de los 70 años. Las escuelas de medicina se han multiplicado en esta primera mitad del siglo XX en forma insospechada. Las naciones que en América no las tenían hasta bien avanzada la primera mitad de la presente centuria, las cuentan ahora en sus universidades. Las condiciones económicas de la mayoría de los países de este hemisferio, son en general óptimas si se compara con los exigüos presupuestos nacionales de que antes disponían. Igualmente han avanzado y han hecho manifiestos progresos, la higiene urbana y rural. Los seguros sociales, han llevado a las zonas obreras y campesinas, los beneficios de los servicios médicos y del amparo en la invalidez y la vejez. Los hospitales y laboratorios, se han multiplicado en los últimos cinco lustros en forma manifiesta. En algunas naciones del hemisferio, el auge de la medicina científica, altamente científica, es particularmente brillante. Pero a pesar de todos estos innegables e impresionantes avances de la ciencia y de la higiene, los problemas médicos de América, no están en modo alguno resueltos. Enormes extensiones y masas de población, no reciben la atención médica que necesitan. La mortalidad infantil, alta e incontenible, contrarresta la natalidad inmensa que como en un círculo vicioso, agrava las condiciones económicas de obreros y campesinos, al menos en la América hispana. Paludismo, lepra, pián, parasitosis intestinal y cutánea, enfermedades de origen hídrico, cáncer, enfermedades mentales, mala alimentación, el impresionante porcentaje de individuos que son rechazados anualmente para el servicio militar, dejan la impresión de que estos factores fuesen inconvencibles en sus dominios. Por todas partes oímos quejas respecto a la cantidad de médicos. Se habla de que hay muchos en el mundo y cada país pone una cortina de hierro para impedir la entrada a los profesionales extranjeros o hace intensa propaganda para evitar el ingreso a las facultades,

de nuevos contingentes. Los médicos levantan tribuna para descorazonar a los jóvenes y para convencerlos de que no se afilien a una profesión amenazada de socialización.

Dentro de nuestra organización actual y del espíritu predominante en la enseñanza médica, es evidente, de toda evidencia, que hay muchos médicos para garantizar a éstos, individualmente, un ingreso decoroso, bajo la organización y espíritu actuales. Pero ese número resulta bien inferior si lo miramos en relación a las atenciones o cuidados que debe de recibir la comunidad. Hasta el presente el espíritu y preocupación de nuestras escuelas médicas, es la terapéutica. Por esto nos encontramos todavía en la etapa curativa o terapéutica, a tiempo que las grandes y trascendentales tareas de la medicina, apenas si se inician.

Gran número de centros de educación médica, se muestran intranquilos porque no se está seguro del tipo de médico que requiere nuestra sociedad actual. Todas las guerras de la historia, prueban que la medicina hace sorprendentes progresos en el campo técnico y científico. Pero es lo cierto, que la convulsión que ellas implican no logra advertirnos que los ajustes sociales y económicos que acarrean, deben también hacernos mirar la medicina como una ciencia política y social.

Una realidad incontrastable de nuestra América, es la pobreza que gravita con peso abrumador, sobre una inmensa masa de su población urbana y rural. Las escuelas de medicina ajenas a ese fenómeno, procuran desde hace algunos años, la especialización de los estudios médicos. La especialización, bien lo sabemos, impone mayor carestía y más alto precio a los servicios profesionales. Esa remuneración más alta sólo puede encontrarla en los centros poblados y hacia ellos tienen que derivar, fatalmente, todas las nuevas promociones médicas que egresan de nuestras universidades.

El fenómeno de la técnica en la medicina y de su inverosímil progreso científico que la lleva actualmente a realidades que nos maravillan, pero que sin embargo, dejan subsistiendo los más tremendos problemas sociales e individuales, puede igualmente señalarse en sus vacíos en otros campos y dominios del progreso humano.

No puede negarse que la tecnología ha excedido o superado a la sociología y mientras las ciencias naturales y físicas han progresado en forma sorprendente, la organización social y económica del universo actual no guarda proporciones con la técnica creada por aquellas dos ramas de la ciencia humana. La pobreza sigue siendo la maldición de la humanidad y el progreso científico o técnico no logran atenuar sus efectos en ninguna parte del mundo. Hemos, por ejemplo,

logrado medios de comunicación que salvan la distancia entre los continentes, pero este poderoso descubrimiento, resultado de una técnica y de una ciencia más avanzada, nos halla en el más lamentable descuido para haber creado al mismo tiempo, una organización social que asegurara la cooperación pacífica entre los pueblos. Es una tremenda realidad, en fin, aceptar que sabemos cómo prevenir y curar muchas enfermedades, muchas de las cuales están erradicadas felizmente de nuestro continente, pero es lo cierto, que todavía en América, cada año mueren, prematuramente, millones de seres, cuya enfermedad y muerte hubieran podido evitarse.

Evidente, de toda evidencia, es que los programas de enseñanza médica no sólo no se ajustan a la realidad de la hora presente, sino que las escuelas médicas y los gobiernos de nuestros países andan divorciados. Me refiero no al hecho de la necesidad de una coordinación política o a la de un sometimiento de significado técnico y espiritual, sino al hecho benéfico de que las escuelas de medicina cooperen en la solución de los problemas sociales y sanitarios de cada país. Esa cooperación puede muy bien brindarse bajo la forma de personal idóneo para los institutos de investigación o para cualquier género de campañas, como también contribuyendo al estudio y solución de los problemas en que incumba su concepto.

De suerte que la orientación y organización de los estudios o escuelas médicas, debe ser un hecho que responda no sólo a un objetivo técnico y científico, sino también y ante todo al más elevado motivo de que en ellas sean incluidos los inquietantes problemas médico-sociales que contemplan angustiosamente nuestras débiles y jóvenes nacionalidades.

Los problemas de orden moral que en la hora presente ofrece tan a menudo la práctica de la medicina, es preciso buscarles su raíz, no tanto como expresión de una mayor afluencia de estudiantes a las aulas de medicina, lo que quizás implica disminución de su calidad, sino como inequívoco signo de una profesión que se comercializa. Ese espíritu, debemos reconocerlo, acorde con el que impera en el mundo actual, se genera o acrece en una formación y enseñanza médicas de orden puramente especulativo. La medicina y la especialización, van adquiriendo un precio y un mercado, cuyo mayor rendimiento se obtiene con la clasificación en diferentes ramas. La enseñanza médica no puede ser ajena a esta grave falla de orden moral que ahonda la pugna existente entre la colectividad y el gremio médico y que se traduce en desabridos, cuando no agresivos artículos de la prensa diaria o en cáusticos epigramas que no vemos jamás dirigir a las otras profesiones.

Es decir, y en términos de franqueza, debemos temer, que orientada la profesión por esta vía —que aparentemente concurre al mejor tratamiento de las enfermedades— vayan a caer los médicos en una especulación, que no debemos olvidar, lleva envuelta, nada menos que la vida humana. No vale que arguyamos que el médico es el más noble de los profesionales. La simple inclinación sentimental a hacer el bien, no es ni será lo suficientemente fuerte y durable para resistir la influencia emanada del ambiente o de la formación escolar.

Es un error de fatales consecuencias entender y aprovechar los progresos de la medicina para llevar a los espíritus jóvenes la noción o criterio de que ese progreso debemos explotarlo para encarecer o especular con la profesión. Las escuelas de medicina no sólo deben proclamar e imponer el credo de que la medicina actual es totalmente una cosa nueva, sino también una ciencia de cosas nuevas. Y entre éstas, se encuentra en primer término, la nueva noción, el nuevo evangelio de que el hombre enfermo no es el único que tiene necesidad del médico, como lo contenía el adagio bíblico. De socorro instintivo llevado o procurado al que padece una enfermedad, la medicina ha terminado por hacerse en nuestros tiempos, una salvaguardia de la salud pública y por ello, una de las columnas fundamentales de toda nuestra civilización. Libertad y democracia, tienen en ella su mejor aliado. Nuestra economía moderna, no sería lo que es sin el médico, experto y consejero cuyo concepto debe ser consultado para todos los problemas de la producción, para todas las cuestiones atañeradas a la seguridad e higiene del obrero. La felicidad y la desgracia de los hombres, sus esperanzas y desesperanzas, su honor mismo, descansan en nuestras manos. El nacimiento y la muerte llevan también su sello y hasta la misma filosofía que se nutre de sus enseñanzas. Fue el filósofo Locke quien escribió: "Solamente el que ha practicado y largo tiempo la medicina, puede estar autorizado para mezclarse a la metafísica".

Y si añadimos que la medicina es la madre de toda ciencia social, el fundamento de toda pedagogía, la fuente de toda psicología, la guía más segura de la justicia en materia criminal, tendremos que concluir que ella es la ciencia del hombre todo entero, hállese enfermo o en el goce pleno de la salud.

Nuestras escuelas médicas actuales han acondicionado sus programas de enseñanza a este criterio social y universal que debe tener en la hora presente? La preparación académica no está acaso imperando todavía demasiado en la forma de las nuevas generaciones médicas? Están cumpliendo en la hora presente las facultades de medicina la misión que le está reservada a la más universal y noble de todas las

profesiones? Son éstos, interrogantes que debemos formularnos todos los que nos sentimos responsables de la educación médica, la cual en nuestro sentir, debe estar animada por el ideal de conducir a nuestros pueblos a una vida más sana y más feliz.

*

Concretamente expresemos en fórmulas precisas, los puntos principales que debe comprender la revisión y discusión de los programas de enseñanza médica:

1º Intensificación de los estudios y cumplimiento del calendario escolar, gravemente afectados en algunos países, por exceso de vacaciones y de días festivos (religiosos y civiles);

2º División del año escolar en dos períodos de duración exacta de cuatro meses cada uno;

3º Apropriación no menor del 25% del presupuesto de las universidades, para las escuelas de medicina;

4º Aplicación de ese presupuesto, exclusivamente, a la dotación de laboratorios y a remuneración suficiente de profesores de tiempo completo y medio tiempo.

5º Previsión de profesores de tiempo completo y de auxiliares suficientes, para las siguientes cátedras: *Anatomía Descriptiva; Histología y Embriología; Anatomía Patológica; Bacteriología; Fisiología; Farmacología; Biología; Entomología y Parasitología; Patología Comparada y Medicina Tropical.*

6º Revisión de los actuales programas y sistemas de enseñanza, reduciendo y refundiendo materias, e incorporando en cambio, la medicina psicosomática; la Bioestadística; la Medicina Social y la Higiene Mental.

7º Creación en las facultades de medicina de los siguientes Comités permanentes, designados por el Consejo Directivo de cada facultad y cuyas funciones se fijarán de acuerdo con la misión que deben cumplir:

- Comité de Curriculum;
- Comité de Admisión;
- Comité de Biblioteca y de Revista o Publicaciones;
- Comité de Promoción y Grado;
- Comité de Becas; y
- Comité de Premios en Investigación.

8º Designación de un Consejo Panamericano de Educación Médica, de carácter permanente, elegido por el presente Congreso y renovado o reelegido por los próximos Congresos o Conferencias Panamericanas de Educación Médica. Sus funciones inmediatas serían convocar una conferencia de todos los Decanos de Facultades de Medicina del Continente para acordar unificación de pénsumes, de métodos y sistemas de enseñanza.

9º Los miembros de este Comité vigilarán que los programas y conclusiones acordados en la Conferencia de Decanos, se cumplan por los gobiernos o universidades signatarios del acta final de este Congreso; y

10. Supresión de las escuelas de medicina oficiales o privadas, que carezcan de recursos suficientes o de profesorado idóneo para suministrar una enseñanza adecuada, o cuyo programa de estudios no se ajuste al que sea acordado por el Consejo Panamericano de Educación Médica.